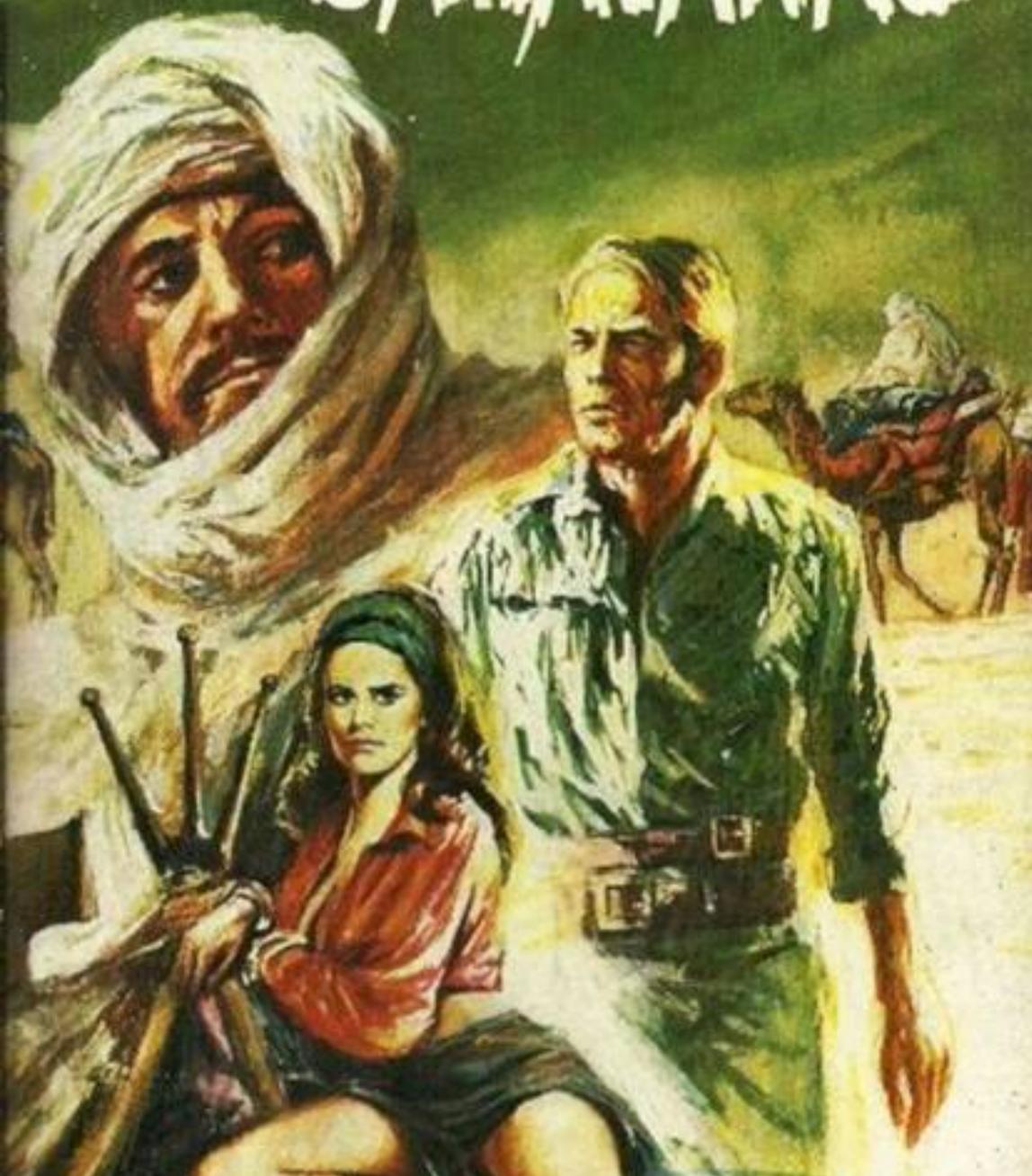


JAMES A.
MICHENER

CARAVANAS



La historia se desarrolla en Afganistán inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. El protagonista, Mark Miller, está destinado en Kabul en la embajada de Estados Unidos y se le da la asignación de una investigación para encontrar a una mujer joven, Ellen Jasper, también de Estados Unidos, que había desaparecido después de su matrimonio con un afgano hacía trece meses.

Durante su viaje a través de Afganistán, Miller llega a una comprensión más profunda de las complejidades y matices de la vida afgana contemporánea. Sus viajes también ponen de manifiesto las similitudes de la naturaleza humana a través de las fronteras culturales y sociales.

La novela fue la base en 1978, para la realización de una película, con mismo título, y protagonizada por Anthony Quinn y Jennifer O'Neill.

Capítulo 1

Una destemplada, fría y ventosa mañana invernal de hace algunos años, fui llamado al despacho de nuestro agregado naval en la Embajada de los Estados Unidos en Kabul.

El capitán Verbruggen me miró con gesto de evidente frustración y gruñó:

—¡Maldición, Miller...! Hace dos semanas, el embajador le ordenó que arreglase ese lío de las dos mujeres. Anoche, el Gobierno de Afganistán ha formulado una nueva protesta..., ¡esta vez, terminantemente oficial! Quiero que a las tres de la tarde me traiga usted...

Me apresuré a interrumpirle, para informar:

—Señor: se ha suscitado una cuestión muchísimo más seria que ésta de las dos mujeres. Anoche recibimos un despacho cablegráfico de Washington... He reunido para usted toda la información que obra en nuestro poder sobre el asunto.

Al pronunciar las últimas palabras, puse ante él una carpeta de cuero llena de papeles. A través de su tapa se leía, en letras doradas, la siguiente inscripción: «Para el embajador»; y puesto que en nuestra Embajada solamente había dos carpetas de esa clase, lo que en ellas se guardaba era siempre de especial importancia.

—¿No es posible postergar ese asunto hasta que regrese de Hong Kong el embajador? —me preguntó Verbruggen con acento claramente esperanzado, pues, a pesar de que desempeñaba entonces el cargo de embajador interino, prefería contemporizar.

Pero yo me apresuré a echar un jarro de agua fría sobre su esperanza, al responder:

—No, señor. Tiene que ser atendido inmediatamente.

—¿De qué se trata? —inquirió, porque era uno de esos hombres que todo lo deben exclusivamente a su propio esfuerzo, y le desagradaba mucho leer.

Abrí cuidadosamente la carpeta y señalé la hoja del cable, mientras decía:

—Del senador decano de Pensilvania. Y exige una respuesta inmediata, señor.

Verbruggen, que entonces era un hombre vigoroso, a pesar de sus sesenta y tantos años, de cabeza calva, se enderezó en su asiento bruscamente, como si el senador decano del Estado de Pensilvania hubiese irrumpido de pronto en el despacho.

—¿Y qué quiere el senador? —me preguntó, negándose a someterse a una lectura, como no fuese absolutamente imprescindible.

—La joven Jaspar —repliqué.

Con un brusco ademán de impaciencia, el capitán Verbruggen cerró la carpeta.

—Por espacio de diecisiete meses —dijo con acento lastimero—, esta Embajada ha estado sometida a esa verdadera plaga que es la joven Jaspar. Yo estoy aquí para ayudar a una nación a salir de la edad de las tinieblas, y ésta es la misión que intento llevar a efecto. Pero lo único que consigo es que se me amargue la vida con problemas idiotas como éste de las dos mujeres y el de la joven Jaspar. ¡Ya no se me ocurre nada más que podamos hacer sobre la última...! —Y, con otro impaciente ademán, empujó la carpeta hacia mí.

Pero yo volví a deslizarla hacia él.

—Es necesario que lea ese despacho, señor —le advertí.

Cuidadosamente, como con cautela, volvió a levantar la tapa de la carpeta y echó un vistazo al perentorio mensaje

de Washington. Cuando vio que hasta el propio Secretario de Estado había intervenido en el asunto, hizo un movimiento de sorpresa y acercó a sí el papel, para comenzar de inmediato su lectura en voz alta:

«Es imperativo que yo pueda proporcionar al senador decano de Pensilvania absolutamente todos los detalles relacionados con el paradero y estado en que se encuentra Ellen Jaspar. Todos los informes enviados hasta hoy por esa Embajada son considerados inaceptables por inadecuados. Si es necesario, debe usted destacar a los mejores hombres de que disponga para develar la incógnita de esa desaparición, pues la misma involucra numerosas consideraciones colaterales. ¿Me equivoco al recordar que Mark Miller habla fluidamente el idioma nativo? Si estoy en lo cierto, estudie la posibilidad y conveniencia de destinarlo de inmediato a esa misión, con orden de informar prontamente y sin escatimar esfuerzo alguno».

El capitán Verbruggen se reclinó contra el respaldo de su sillón giratorio, expelió ruidosamente una gran bocanada de aire y, una vez más, empujó la carpeta hacia mí, mientras decía con tono de profundo alivio:

—Bueno... Parece que el asunto me es sustraído de las manos... Será mejor que se ocupe de esto, hijo.

Tomé la carpeta, lo miré sonriendo levemente y respondí:

—Ya he estado ocupándome, señor..., ¡desde que llegué!

—Sí, sí, lo sé, pero se ocupó sin orden ni concierto —surgió con tono afectuoso.

Mi jefe no podía renunciar jamás a lo obvio, a lo cual se debía que estuviera sepultado en Afganistán, una de las naciones más ignoradas del mundo, que en 1946 empezaba a surgir, lenta y asombradamente, de la Edad de Bronce. Era un país muy viejo e incomprensiblemente atado a un pasado varias veces milenario. En la Embajada solíamos decir: «Kabul, en la actualidad, nos muestra lo que era Palestina

en la época de Jesucristo». Pero en muchos sentidos, nuestro agregado naval era el hombre ideal para Afganistán, porque también él empezaba a emerger, lenta y asombrosamente, de su propia Edad de Bronce.

No obstante, me agradaba y sentía por él un sincero afecto. Era un rudo hombre de negocios, astuto, decidido. Había conseguido amasar una pequeña fortuna en el comercio de autos usados y llegar a un lugar de relativa importancia en el partido demócrata del Estado de Minnesota. Ayudó a elegir presidente a Franklin D. Roosevelt cuatro veces, y aunque yo era un acérrimo republicano, no podía menos de respetar aquella probada lealtad de Verbruggen. Había donado unos sesenta mil dólares a los demócratas, y éstos, en retribución, le habían donado Afganistán.

Puede decirse que casi tenía derecho a dicho país. Mientras era todavía un ciudadano civil, se convirtió en un experimentado aunque tosco *yachtsman*^[1], pues la navegación a vela era su entretenimiento predilecto y principal. Y cuando estalló la Segunda Guerra Mundial se ofreció voluntariamente para ayudar a la Marina a manejar sus instalaciones costeras. A fuerza de méritos y dedicación infatigable, ascendió de teniente a capitán de Marina, y aportó significativas contribuciones a la construcción de nuestras grandes bases en Manus y Samar. Era enérgico e inflexible, y los hombres le respetaban. Poseía un frío valor, del cual yo tenía hartas pruebas.

Mi nombre no es realmente Mark Miller. Legalmente debería ser Marcus Muehler, pero en el año 1840, cuando mis antepasados huyeron de Alemania, decidieron, con esa perspicacia y previsión que siempre ha distinguido a mi familia, que un nombre y apellido judíos no les resultaría conveniente ni beneficioso en los Estados Unidos, por lo cual convirtieron el Muehler en su equivalente inglés, Miller y, desde entonces, toda la familia ha sido Miller.

Como siempre, mi familia estuvo en lo cierto.

El hecho de que mi nombre fuese Miller y que en mi rostro no estuvieran presentes esas características que generalmente denuncian a las personas pertenecientes a la raza judía, me permitió actuar con todo éxito en mis estudios en Groton y Yale, de manera que cuando, en el año 1942, Estados Unidos buscaba algunos oficiales judíos aceptables para su marina de guerra, a fin de evitar que le fuesen impuestos muchos inaceptables, me acogieron con un suspiro de alivio y se sintieron felices, pues la mayoría de mis camaradas de la Flota no se dieron cuenta nunca de que yo era judío. Cuántas veces habré oído decir, entre mis compañeros de armas: «¡A mí no se me escapa un judío ni aunque se disfrace!».

El capitán Verbruggen, a cuyas órdenes había servido yo en Manus, me observó durante unas tres semanas, y un día me dijo:

—Miller: usted es un muchacho de los que deberían ser destinados al Servicio Secreto de la Marina. Tiene inteligencia y astucia...

Personalmente libró una verdadera batalla con los jefes de la isla, hasta que consiguió obtener para mí un buen destino. En 1945, cuando nuestro Departamento de Estado se mostró dispuesto —y casi ansioso— a elegir algunos hombres judíos de carrera que tuviesen modales distinguidos, mi antiguo jefe se acordó de mí, y en una semana llena de momentos excitantes me convirtió, de teniente segundo que era, en funcionario de segunda del Departamento de Estado.

Sobrevino entonces el problema de dónde debía colocarme el Departamento de Estado, ya que la Embajada típica dudaba mucho de que yo encajase eficientemente en ella. Por ejemplo, al ser judío no sería bien recibido en El Cairo o Bagdad, cuyas poblaciones odian a muerte a los de mi raza, o en París, donde muchos de nuestros funcionarios diplomáticos piensan y sienten lo mismo. Entonces fue cuando el capitán Verbruggen, actual agregado naval en

Afganistán, informó que conocía a Mark Miller y garantizó que era un judío que se portaba bien y que sería un orgullo para cualquier representación diplomática norteamericana. «Es más —escribió en un cable que circuló ampliamente por todas las dependencias del Departamento de Estado—, algunos de mis mejores amigos pertenecen a la raza judía». Y consiguió que me destinasen a la Embajada de Afganistán. Su valor le granjeó la gratitud del presidente Truman, así como una sonrisa de aprobación del Secretario de Estado. Con evidente alivio para todos, yo estaba trabajando razonablemente bien, por lo cual el capitán Verbruggen me apreciaba y se sentía bastante orgulloso de mí. Yo era una de sus ideas que no habían fracasado, lo cual no ocurría muy a menudo por cierto.

—No he sido una centella que digamos en este asunto de la joven Jaspar —confesé—, pero no bien llegó este despacho, reuní todos los antecedentes del caso. He revisado nuestros archivos y me parece que sé cuál debe ser nuestro próximo paso.

—¿Y cuál debe ser? —inquirió mi jefe.

—Esta tarde, a las cuatro, debo visitar a Shah Jan en su residencia. Él siempre habla mucho más y mejor allí, y si hay alguien que sabe dónde se encuentra Ellen Jaspar, ese alguien tiene que ser Shah Jan.

—Es cierto; pero ¿cree usted que si lo sabe se lo dirá? —inquirió él desconfiadamente.

—En Afganistán jamás espero que una persona me diga algo, y siempre pongo en tela de juicio todo lo que me dicen... —respondí.

—¡Ah! Veo que aprende usted rápidamente, Miller —rió el capitán. Consultó su reloj y agregó—: Si usted ha estudiado ya nuestros archivos, y si tiene una cita con Shah Jan a las cuatro...

—Sí, ya sé: será mejor que me ocupe del otro asunto, el de las dos mujeres nativas —me anticipé a decir.

—En efecto, será mejor. Esos malditos *mullahs*^[2] han iniciado otra de sus violentas patadas religiosas... —Siempre me sorprendía el empleo de los términos vernáculos por mi jefe, que leía muchísimo, tanto libros como revistas, y captaba extrañas frases para emplearlas después—. Los *mullahs* de las montañas irrumpieron ayer en la ciudad —prosiguió—, y de alguna manera se enteraron del caso de las dos mujeres nativas. Ahora exigen que nuestros dos guardias de Infantería de Marina sean enviados de regreso a los Estados Unidos.

—¡Pero usted no permitirá que unos cuantos sacerdotes locos dicten las normas que debemos seguir! —exclamé.

—A lo único que me niego es a verme mezclado en una discusión con una pandilla de fanáticos sacerdotes musulmanes. Usted no los conoce tan bien como yo, Miller. ¡Ya están ejerciendo una gran presión sobre el Gobierno de Afganistán, y mucho me temo que habré de prescindir de mis dos muchachos de la Infantería de Marina!

—Bien, señor. ¿Qué debo hacer?

—Usted habla el idioma de esta gente. Vaya hasta el bazar, mézclese entre los nativos y trate de descubrir qué es lo que ocurre en realidad. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

—Y otra cosa, Miller: si le parece que existe una razón válida para que yo me desprenda de los dos muchachos, hágamela saber inmediatamente. Están a punto de terminar su misión aquí, y quizá sería un gesto amistoso de nuestra parte hacerlos regresar a los Estados Unidos o enviarlos a otro destino. De esta manera aplacaríamos a los *mullahs* sin pérdida sensible alguna para nosotros.

También me sorprendía el vocabulario preciso que podía emplear mi jefe cuando lo deseaba. Pero objeté:

—¡No me gusta nada eso de tener que aplacar a una pandilla de *mullahs* fanáticos!

—Usted no tendrá que hacerlo —replicó él—. Yo me haré cargo de esa responsabilidad, y todos habremos ganado

algo si lo hago.

Asentí deferentemente con un movimiento de cabeza y me levanté para retirarme, poniéndome bajo un brazo la carpeta con los documentos referentes al caso Jaspár, pero al llegar a la puerta me detuvo una orden del embajador interino:

—No deje de informarme cuanto antes sobre lo que le ha dicho Shah Jan y lo que piensa —dijo.

No hice el menor esfuerzo para sofocar la carcajada.

—Tiene que haber alrededor de doce millones de personas en Afganistán que desearían saber lo que piensa Shah Jan. Y estoy seguro de que no seré yo quien lo descubra. Pero le informaré a usted sobre todo lo que no me diga —respondí al abandonar el despacho.

En 1946, la Embajada de los Estados Unidos en Afganistán no necesitaba un personal numeroso, pues en aquellos inciertos días, el gran programa de préstamo y arriendo que habría de marcar el futuro, no había sido puesto en práctica todavía. Nosotros, los que representábamos a nuestro país en aquella extraña y algunas veces prohibida ciudad, nos veíamos obligados por las circunstancias a formar un grupo estrechamente ligado, ya que en aquellos días Kabul no brindaba absolutamente nada a los extranjeros. No había en la capital hoteles en los que pudiéramos alojarnos, cines buenos ni malos, ni diarios, ni emisoras que transmitieran programas occidentales, ni restaurantes disponibles para los extranjeros, ni teatros, ni cafés, ni revistas. No se permitían las reuniones públicas ni clase alguna de vida social con nuestros amigos afganos, pues la misma estaba prohibida por el Gobierno. Por tanto, estábamos obligados a bastarnos, en este sentido, a nosotros mismos, y si queríamos algún entretenimiento o vida social, no teníamos más remedio que crearlo nosotros mismos, utilizando para ello principalmente a los personales de las Embajadas de Gran Bretaña, Francia, Italia, Turquía y Estados Unidos. Al final de un prolongado y encerrado invierno, durante el cual

la ciudad permanecía sitiada por la nieve, buscábamos con verdadero afán cualquier diversión, y nos entusiasmábamos cuando la gente de la Embajada de Gran Bretaña, siempre la de mayor inventiva en lo referente a la vida en ultramar, se acercaba a nosotros con cualquier idea nueva, como ocurrió, precisamente, con la del teatro leído ante auditorios que integrábamos los componentes de ambos sexos del cuerpo diplomático, tanto los representantes propiamente dichos como los empleados de oficina.

Por tanto, cuando regresé a mi oficina, en el blanco edificio de dos pisos que nos servía de sede de Embajada, no me sorprendió encontrar a nuestra secretaria general, la señorita Maxwell, de Omaha, escribiendo febrilmente a máquina y algo irritada cuando le pedí que me trajese los muy manoseados papeles del caso de las dos mujeres nativas.

—Están allí, en el segundo estante, a la derecha —dijo sin levantar la cabeza de la máquina.

—¿Podría traérmelos? —le pregunté.

—Por favor, Miller —protestó—. Estoy terminando de pasar a máquina la obra de teatro para esta noche.

—¡Ah, lo siento, señorita, discúlpeme! —respondí, y me dirigí al estante indicado, donde encontré los papeles.

—La lectura es esta noche —explicó la señorita Maxwell—, y yo tengo que copiar el tercer acto. Las muchachas inglesas tienen a su cargo el acto primero, que es el más largo, y una de las chicas italianas está copiando el segundo acto. Creo que ya ha terminado. Parece que en la Embajada de Italia no tienen nada que hacer. ¡Felices ellos! —emitió un profundo suspiro.

—Siga, siga —la consolé, mientras observaba que tenía en la máquina no sólo la copia original, sino siete duplicados, con su papel-carbón—. Le ruego que me consiga el primer duplicado, señorita —dije—, porque nunca puedo leer los últimos, que salen muy borrosos.

—En mi máquina, todos salen bien —me aseguró ella—. Son esas máquinas italianas las que no pueden sacar

siete copias...

Observé que la señorita Maxwell utilizaba una máquina alemana, que en realidad producía un original y siete duplicados, todos perfectamente legibles.

Llevé a mi oficina los papeles que acababa de tomar del estante, y de inmediato comencé a hojearlos; pero la primera página me detuvo, pues en ella leí: «Agentes afganos nos han advertido que si los guardias de Infantería de Marina continúan molestando a las mujeres nativas, se producirán asesinatos en el bazar». Aquellas palabras daban al asunto una gravedad muchísimo mayor, por lo cual pedí a la señorita Maxwell que llamara a mi ayudante afgano, Nur Muhammad, quien se presentó casi de inmediato en mi oficina.

Era un apuesto y ágil joven de treinta y dos años, que vestía a la moda de Occidente: traje azul, que por cierto le quedaba bastante mal. Tenía los cabellos muy negros, piel oscura, ojos bastante hundidos en las cuencas, una gran nariz afgana y dentadura extremadamente blanca, la cual mostraba en muy contadas ocasiones. Era una persona sensitiva y temperamental que, durante los dos años que llevaba de trabajo en la Embajada norteamericana, había aprendido el inglés, que ya hablaba notablemente bien. Era notorio que estaba al mismo tiempo a sueldo del Gobierno de Afganistán.

—Siéntese, Nur —le dije.

Con una muy cuidadosa atención al protocolo, se sentó en la silla que yo acababa de indicarle, se subió un poco la parte baja de los pantalones, para evitar las rodilleras, y luego cruzó las manos sobre sus muslos.

—Usted dirá, *Sahib* —respondió con una hábil combinación de deseo de ayudar y cuidado de no aparecer como demasiado ansioso de hacerlo.

—Se trata de esas dos mujeres nativas —comencé a decirle, y Nur Muhammad alzó la cabeza para mirarme—. ¿Está usted enterado de la última novedad?

El rostro de Nur Muhammad no delató la más mínima expresión. Era demasiado listo para caer en la trampa de confesar que sabía algo. Insistió, como lo hacía siempre, en que yo fuese el primero en hablar, para luego saber cómo tenía que reaccionar.

—¿De qué novedad se trata? —prosiguió, con inocente acento.

Abrí la carpeta de cartón en la que se hallaban los papeles de aquel asunto y leí el ominoso informe. Luego respondí:

—Algunos compatriotas suyos, Nur, nos advierten que si nuestros dos guardias de Infantería de Marina continúan... bueno, «molestando», según dicen ellos, a mujeres nativas... Dígame Una cosa, Nur: ¿cree usted que nuestros muchachos han molestado a alguien?

Antes de que Nur Muhammad pudiera responderme, se abrió la puerta de mi oficina y apareció en el umbral un joven y apuesto infante de marina que había ganado varias condecoraciones en Guadalcanal e Iwo Jima y ahora gozaba, como recompensa, de un empleo cómodo de guardia militar en la Embajada, conjuntamente con un compañero. Avanzó unos pasos con marcialidad, me entregó unos papeles, se volvió con un seco choque de sus tacones y desapareció de nuevo. Recuerdo que su uniforme estaba inmaculadamente limpio, y que sus botines brillaban como el charol.

Cuando el marino hubo desaparecido, Nur Muhammad respondió cauteloso a la pregunta que acababa de formularle:

—Guiándome por las normas de ustedes los norteamericanos, no me atrevería a decir que los dos soldados molestaron a esas mujeres. Pero ocurre que se aproxima el Ramadán. Los *mullahs* tienen cada día mayor influencia. Son ellos quienes creen que los soldados molestaron a las mujeres, y si ellos lo creen así, Mr. Miller...

Le enseñé el informe, y ante aquella sugerencia de los asesinatos, emitió una pequeña exclamación.

—Sí —dije—. Asesinatos...

Nur Muhammad colocó de nuevo en su sitio el papel con un cuidado que me pareció excesivo, y luego volvió a arreglarse las perneras del pantalón.

—Yo no me atrevería a pasar, por alto a los *mullahs* —me advirtió—. Ahora que se aproxima el Ramadán, quieren reforzar su poder y recordárnoslo a cada paso.

—¿Y si continúan esas sospechas? —pregunté—. ¿Y si el soldado que acaba de estar aquí ha molestado, en efecto, a una mujer...? Entiéndame bien, Nur, esto no significa que yo admita que semejante cosa haya sucedido...

—Usted aclara muy bien su posición en este asunto —convino, efusivamente, Nur Muhammad.

—Pero... supongamos que los *mullahs* piensan lo contrario... ¿A quién asesinarían?

Sin meditarlo ni un segundo, Nur respondió firmemente:

—A las mujeres, naturalmente.

—¿A las mujeres? —exclamé asombrado.

—Naturalmente... Pero tengo que explicarme, Miller *Sahib*. En el pasado, los *mullahs* no sentían mayor placer que cuando daban muerte a un *ferangi*^[3]; pero cada vez que asesinaban a uno, ello significaba muy serios disgustos para los afganos. Eso los obligó a abandonar tal práctica.

Siempre me había sentido molesto ante la palabra con que los afganos designan a los *foreigners*^[4] (extranjeros en inglés). Cuando los primeros investigadores de Asia vieron esa fea palabra, con sus todavía más feas connotaciones, la inusitada combinación de la «g» y la «n» los dejó perplejos, por lo cual inventaron una pronunciación expresiva, que incluía todas las letras de la palabra, pesadamente cargadas de odio, envidia y desprecio. Algunos pronunciaban aquella palabra *ferangi*, con una «g» dura; otros la pronunciaban

feranji, y no pocos, *foreggin*, pero el significado era el mismo en los tres casos.

—Los *mullahs* no asesinarán a los *ferangi* —me aseguró Nur Muhammad.

—Creo que debemos ir al bazar inmediatamente —le sugerí.

—Me parece que será mejor que yo no vaya, Miller *Sahib* —exclamó él rápidamente—. Estoy seguro de que mi presencia pondría en peligro mi efectividad y, lo que es más importante, la de usted.

—Sí, sí, estoy de acuerdo; pero quisiera que usted estuviese allí conmigo, por si se produce algún peligro.

—¿Qué peligro puede producirse en el bazar de Kabul? —preguntó Nur Muhammad con cierto asombro.

—Acabamos de convenirlo: asesinatos.

—Pero no contra los *ferangi*, Miller *Sahib* —me aseguró Nur, y se negó a ir conmigo, retirándose para proseguir su trabajo en su oficina.

Cuando hubo desaparecido, llamé a Seguridad y pedí que se diese permiso a los dos guardias de Infantería de Marina, y aunque la petición halló bastante y ruidosa oposición, mi amenaza de hacer intervenir al embajador interino fue decisiva. Desde mi ventana pude ver cómo los dos héroes de guerra avanzaban a grandes pasos hacia la puerta de salida. Llamé a la señorita Maxwell y le informé:

—Estaré en el bazar por un tiempo.

—Muy bien —respondió ella, poniéndose el sombrero—. Yo iré a entregar las copias de la obra.

Fui hasta la puerta principal y dije a un guardia que llamase un *ghoddy*^[5]. Unos minutos después, el conductor detuvo ante la puerta el taxi más incómodo del mundo: una especie de pequeño carro de dos ruedas, arrastrado por un caballo. El cochero iba cómodamente sentado sobre un almohadón de lana, mientras su o sus pasajeros iban precariamente sentados en un duro e inclinado asiento de madera y viajaban de espaldas. Pequeños trozos de viejos neu-